

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'05 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

Redacción y Administración, Mayor, 24

De Festejos

Ayer tarde se reunió en el Ayuntamiento la comisión municipal de festejos con objeto de tomar a guisa de acuerdos para la realización de festejos durante la próxima temporada de baños y feria.

La comisión no legó á tomar acuerdos definitivos en vista de la escasa consignación de que dispone, y acordó esperar lo que se acuerde en la reunión de en idades y sociedades que el próximo lunes en la tarde ha de celebrarse en el Ayuntamiento.

De desear es que de esa magna reunión salga ya acordado en definitiva un programa de festejos, apesar que dudamos que así sea dado el poco entusiasmo que se nota en todos los organizamos.

CRÓNICA

Los duendes del lenguaje

Un amigo, de cuyo nombre no ha de olvidarme, ha tenido la hamorrita de obsesarme con el envío de un libro recientemente publicado y que se titula *Los duendes del lenguaje*. Es una obra póstuma del incomparable maestro D. Eduardo Benot, que si no es seguramente ninguna obra de romanos, no podrá terminar su lectura quien crea que pueden cogerse truchas, sin mojarse siquiera las puntas de los pies. Por algo, el autor de la *Arquitectura de los libros*, recuerda el refrán que dice: «No hay atajo sin trabajo.»

Hay en nuestra lengua castellana una docena de vocélicas que muy pocos españoles emplean correctamente y con propiedad (según la frase consagrada por los más estrados preceptuos.)

Estos dudóces vocablos son:

- ME, TE, SE, NOS, OS, SE
- LO, LOS
- LA, LAS
- LE, LES

No es fácil tarea la de emplear según corresponde á los tan caritales y traviesos como verá el curioso lector; y así, los escritores los manejan bien. En sus primitivos hace unas veces de *acusativos* y otras de *dativos*, no por eso, sino por el oficio que desempeñan en las cláusulas LO, LA, LOS, LAS; casi nunca salen de *acusativos*, y digo casi, porque hay en esto su cabito de excepción, pues se-

gún la Real Academia, se usan como *nominativos* en algunas locuciones; LES, debe siempre usarse como *dativo*, por más que pocos cumpen con su deber; y LE, puede ser *acusativo* y *dativo* y *nominativo*, á gusto del conatusidor, conforme á la función que se le encomiende.

Pero la dificultad habrá de parecer como extraordinaria, si se considera que tales monosílabos se combinan entre sí; que el número de estas combinaciones resulta muy elevado; que no todas se admiten por el uso, y que de entre las posibles, muchas son incorrectas, que revelan falta de educación literaria en quien las usa.

ME LO, ME LA, ME LOS...

y no

LO ME, LA ME, LOS ME...

TE LO, TE LA, TE LOS...

y no

LO TE, LA TE, LOS TE...

SE ME, SE TE...

y no

ME SE, TE SE...

como suelen decir muchos que gastan coche, y solecismos.

Pero hay mucho más todavía. El duendecillo

SE

quita á los verbos su significación activa, y les hace decir todo lo contrario, dándole significación pasiva.

El SE les impone reglas de concordancia á que no están acostumbrados y esas reglas deben no ser fáciles, puesto que á muchos se les atarganan y atargantan. Ya se ve! No han estudiado ó no han querido estudiar, la evolución, perfectamente definida, en cuya virtud las construcciones de forma refleja con el signo SE, han ido perdiendo su carácter activo hasta convertirse en expresiones y por excepción de la voz pasiva; y sin razón alguna han sucedido el capicho á las enseñanzas de la historia de nuestra lengua y de la filosofía comparada.

Pareciéndole, pues, al Sr. Benot, obra de caridad el sacar de sus errores á quienes de buena fe hayan incurrido en ellos, así como el impedir que los conjuntos criticastros que no se dan cuenta de que siguen siendo de raíces en el suelo, se impulsó este trabajo, con el buen fin de meter en cintura á esa docena de diabólicos y diminutos duendecillos del lenguaje, y conseguir que dejen de una vez, y para siempre, de poner piedrecillas y tropiezos á las trases y locuciones más castizas de la lengua castellana.

Con el fin de que el estudioso lector no se pierda en el intrincado laberinto de los pormenores, al autor ha parecido de utilidad reunir en reducido espacio las doctrinas esparcidas en todos los capítulos de su obra y condensarlas en un epítome convenientemente clasificado para que puedan con facilidad abarcarlas en conjunto.

Agradecemos al amigo el envío del libro, cuya lectura recomiendo á los aficionados á *lingüis minúis gramaticales*, que siempre habrá quien discurre sobre ellos, aunque muchos prefieran el *cuanto lengo!* al *cuánto sé!* La verdad es que, por regla general, siempre cae la riqueza al lado de los que no saben si se dice *cogió* ó *he cogido*, pero que cogen lo cogibe para tener á los demás cogidos por la cogedura. Así va el mundo.

Antonio Puig Campillo

EL ECO DE CARTAGENA se vende en Madrid en el kiosco de la calle de Alcalá, frente á la Presidencia del Consejo de Ministros.

En un álbum

Desde que vi tu angelical belleza no se aparta de tí mi pensamiento, y te adoro, encanto de mi vida, con un amor que me destruye el pecho.

Por esos ojos que al mirar abrasan, por esos rizos de tu lindo pelo, por esos labios que al hablar parecen hojas de rosa que acaricia el viento diara del mundo lo que más ansio: mi ventura, mi amor y mi consuelo, y el suero supiera que me amabas, me matara una vez cada momento.

Queréme, prenda mía, no desdées mi ardorosa pasión, calma mi anhelo, que una sola sonrisa es lo que pido, que una sola mirada es lo que quiero.

José Bort Montoro.

Necrología

La enfermedad que le aquejaba á nuestro querido y respetable amigo el excelentísimo señor don Leopoldo Hacer y Mendivil, capitán de navío de primera clase de la Armada, ha tenido un funesto desenlace falleciendo anoche á las diez, después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad.

Esta mañana á las once se ha verificado el entierro del cadáver á cuyo acto ha asistido un numeroso y distinguido acompañamiento.

Un batallón de infantería al mando del teniente coronel don José Barba ha tributado los honores de ordenanza al cadáver.

Nos asociamos de todas veras al sentimiento que embarga en estos momentos á la familia del finado.

Muchas gracias

Copiamos de nuestro estimado colega «El Porvenir»:

«Periodista condecorado»

Nuestro querido amigo y compañero en la prensa local, el joven y distinguido propietario y redactor de «El Eco», D. José Palacios, ha sido agraciado con la cruz roja del mérito militar en recompensa á sus servicios como periodista que permaneció una larga temporada en Melilla, durante la guerra, formando parte de algunas expediciones que organizaron los corresponsales de la prensa de Madrid y provincias.

Felicítamos cordialmente al querido compañero por la merecida distinción de que ha sido objeto, que nos congratula doblemente por espíritu de clase y por sentimientos de amistad y compañerismo.

Nuestro también estimado compañero «La Mañana» dice:

«Enhorabuzena»

Se la damos á nuestro querido amigo don José Palacios, por habérsele concedido la cruz roja del mérito militar, como recompensa á los servicios prestados en la campaña de Melilla donde estuvo en calidad de periodista.

Agradecemos muchísimo las frases que dedican nuestros queridos colegas locales «El Porvenir» y «La Mañana» al propietario y redactor de este periódico Sr. Palacios.

Fiestas populares

El día veinticuatro del actual, festividad de San Juan, se celebrarán en las Lomas de Pozo Estrecho varios festejos que serán costeados por nuestro querido amigo D. César Fernández Villamarzo.

Habría carreras de cintas, fuegos artificiales, varbenas y otros festejos y después se verificará la rifa de un valioso estuche conteniendo media docena de cuchillos de plata.

El producto íntegro de esta rifa se dedicará á socorrer á los pobres de dicho barrio.

Cuento del sábado

EL REMEDIO

Sacaron los carceleros al preso de la mazmorra en que se podría sujeto con una cadena de gruesos eslabones

y tendido sobre un haz de heno infecto y húmedo, y por los pasillos lóbregos de la prisión le llevaron á la cámara del tormento.

En una estancia sombría con bóveda de granito, y de la clave pendía el garfio para el suplicio de la suspensión. Arrimado á la pared veíase el potro, y en los rincones el embudo, la jarra, los escobales, las rejas y otros instrumentos de tortura. Dos ventanas enrejadas daban triste luz al aposento, descubriendo en el piso manchas oscuras, que bien pudieran ser de sangre.

El reo avanzaba despacio. Un sudor frío brotaba de la raíz de sus cabellos; sus piernas flojeaban, y á no sostenerle los carceleros, hubiese dado con su cuerpo en tierra. Iba, sin embargo, resuelto á callar, y no temía á la muerte, pero le espantaba la perspectiva del dolor horrible, arrollador é incontrastable como el rayo, que quizás, enloqueciéndole, le trajese á los labios las únicas palabras que no debía pronunciar siendo un caballero: «tan noble apellido. Su horror á la tortura disminuirla si creyese que podía resistirla sin entregar el secreto...? ¿Y si se agotaban sus fuerzas? ¿Y si á pesar suyo, la lengua se desbocaba, revelando lo que el honor manda ocultar? ¿Y si los nombres de los demás conspiradores, juramentados para matar al virrey, salían arrancados por las vueltas de la cuerda que atrintra los huesos hasta descoyuntarlos? Al pensar en tal contingencia, el sudor se convertía en llanto, y livido, inerte, se dejaba ir en brazos de los carceleros barlotones.

«¿Qué es eso? ¿Tanto miedo tiene el señor hidalgo?» murmuró socarronamente uno de ellos. No se apoque su merced, que esto del ansia sólo asusta á los regalones y afeinados, y su merced es de pelo en pecho. A no serlo, no se metiera en conspiraciones y estuviera en casa, donde á nadie le quieren mal recado. Alce esa cabeza, que ahí le aguarda maese Liborio, el honrado verdugo.

A la sorna del ruñán, nadie contestó el reo; los ayudantes del verdugo se habían apoderado de él, y empezaban á despojarle de sus ropas, mientras maese Liborio probaba el torniquete del potro á ver si funcionaba en regla. Los dientes del intelz castañeteaban.

Ya creía sentir el brutal estiramiento de las fibras, el dolor ingenioso, ardiente, encarnizado, clavando su garra hasta el tuetano y arrancándole la delación irresistiblemente. Fronteras á sí—pero como si las envolviese una densa niebla—divisaba el reo las caras enjutas de los dos gollillas, escribano y juez, que tomaban asiento ante una mesa, destapaban el tintero de asta y prevenían papel recio y recién tejadas péñolas do ave. Los ojos ávidos de los dos cuervos de curia se clavaban en el reo, como si quisieran por anticipado sacarle del alma la verdad que debe callarse á toda costa.

Ya empujaban al reo, casi desnudo hacia el banco para tenderle en él, cuando una dama, seguida de majestuoso andar de alta señora. Los atormentadores, con respeto, se detuvieron, y los gollillas se levantaron para hacer reverencia hasta los pies. El reo, trémulo, miraba á la mujer, á quien conocía perfectamente. Era doña Catalina de Zúñiga Enríquez, la propia hija del virrey, la amada de Juan de Heredia, el jefe de los conspiradores. El despacho por la oposición del padre á darle su hija había precipitado á Juan de Heredia á una conjura insensata. El reo, en tal momento lo comprendía. Habría sido víctima del antojo personal de otro hombre, y después con el suplicio y después con la vida... Mas allá dentro, la honra mandaba: «Callarás...»

Doña Catalina venja muy bizarra, y á decir verdad, su vista podía aliviarse hasta las penas de un sentenciado. La saya de grana, acuchida de terciopelo carmin; el jubón de paño de oro; la fina gorguera de encaje, sobre la cual danzaban las gruesas perillas de perlas de sus pendientes; el pelo, rubio y crespo, adornado más que cubierto por un virrete de velludo negro con pluma blanca, la hermosa sobremasera; pero traía mudado el color, y una angustia infinita se traslucía en sus ojos verdes, perdidos.

«Apártense de ahí—ordenó imperiosa á los gollillas.—Quiero hablar á solas un instante con esta mezquina, para reducirle á que confiese quiénes fueron sus cómplices. Puede que sin emplear la crudeza de tormento se consiga saber lo que deseamos. Déjenme que le hable al alma y ahorremos la poca cristiandad que tanto martirio.

«Todo lo sucedido debe achacarse á su cambio de apellido. ¿Qué remordimientos más crueles experimento ahora!» exclamó el conde.

La guerra continuaba... un pope nos casó siguiendo el rito de la iglesia cismática griega, y más tarde regularicé mi unión en la embajada francesa en San Petersburgo cuando se firmó la paz.

«Presté algunos servicios al gobierno del emperador... Este apreció mi talento y mi valor, y un día... de esto hace bastantes años, regresé á Francia... en donde Napoleón III me colocó á sus ór-

A pesar de estas palabras dirigió en torno suyo una mirada de desconfianza...

«Queda, no obstante, la sortija... el manuscrito... ¿para qué demonios habré guardado eso? La sortija... es una alhaja de familia... sin contar con que aún puede prestar algún servicio... pero el manuscrito. Hay que destruirlo.

Dirigióse hacia el arca de hierro.

«¡Y la llave! ¡Se perdió antes de emprender el viaje!

Mequinalmente se llevó la mano al bolsillo y se sonrió.

«Creo que voy á volverme loco... Oividaba que ayer encargué una nueva, ¡aquí está!

Abrió la caja. Con un ademán rápido cogió el estuche de la sortija.

«¡Vacío!—balbuceó.

Contempló por un instante con los ojos desmesuradamente abiertos.

Buscó en el arca, revolviéndolo todo.

«¡Nada!—dijo.—¡Ahí! ¡Debí ser ese mono maldito... ¡el mono de Zoel! Estaba ahí encima el día que marché... y habrá robado la sortija. La habrá fiado Dios sabe donde... ¡Es grave lo que sucede!

«En mi casa no está, porque si la hubiese encontrado algún criado, se hubiese apresurado á traer-

Quando René salió del despacho, el conde exclamó:

«¡Si no se tratare más que de él, pronto se acabaría todo... y no le temería mucho tiempo!...

«¡Pronto enterraría un secreto... con él... porque hay secretos que matan al que los posee!

«No existe un hombre más honrado que Dartois.

¡Oh! ¡Cuánto le odio! ¡Si pudiese aplastarle bajo mis pies!

Durante un rato quedó sumido en profundas reflexiones.

«No es posible—murmuró,—no puedo quitarlos